

MUSICA

EN TORNO A UNA SEMBLANZA DE VON KARAJAN

Por Jesús BAL Y GAY

HACE POCO más de un mes, Winthrop Sargeant publicó en *The New Yorker* una semblanza de Herbert von Karajan, el director de orquesta más famoso de cuantos andan hoy por el mundo. Es un trabajo magnífico por la ponderación y la vivacidad con que expone ante el lector los rasgos más característicos de ese músico austriaco. Y su lectura mueve a meditaciones que trascienden el limitado marco de la técnica directorial.

Contra lo que suele acaecer con los grandes artistas, en la figura de von Karajan no se dan rasgos contradictorios: es de una pieza y siempre consecuente consigo mismo, movido exclusivamente por la ambición, una ambición insondable, violenta y tenaz. Ambición, según el Diccionario de la Academia, significa "pasión por conseguir poder, honras, dignidades o fama". Pero *ambitio* —la palabra de que deriva— significaba para los latinos el acto de rodear o cercar, y aun en castellano se dice *ambiciosa* "de la hiedra y plantas que, como ella, se abrazan con tenacidad a los árboles u objetos por los que trepan", según el mencionado Diccionario. De la semblanza que Sargeant hace de von Karajan se desprende que la ambición de éste responde plenamente a todas esas acepciones del vocablo. No se trata sólo de una ambición equiparable a la codicia del toro que se lanza noblemente, rectilíneamente sobre el engaño, sino que es también astuto rodeo o cerco de lo codiciado, cuando las circunstancias impiden el ataque de frente.

Hay ambiciones que, por su misma nobleza, derivada de la naturaleza de lo ambicionado, excluyen toda táctica que no sea la noble derechura: la de la perfección artística, por ejemplo. Para lograr una partitura o una ejecución perfecta de nada sirven los trucos, ni los rodeos ni las marrullerías. No hay más armas, en ese plano, que la valía y el esfuerzo. Ambicionar la realización de un trabajo perfecto no es ni una debilidad humana —y, por tanto, excusable— ni mucho menos un sentimiento vituperable: es un deber, nada menos que todo un deber, cuya asunción y desempeño ennoblecen al hombre. Por eso es posible la modestia en el artista ambicioso de perfección.

Pero lo malo es que la perfección de la propia obra se puede ambicionar no por la perfección misma, sino por soberbia y como instrumento de poder. Por una especie de alquimia degradante o de signo negativo, el oro del amor a la perfección se convierte en la escoria de la concupiscencia. Para saber si eso ocurre en la conciencia de un determinado artista no hace falta ser un linca, basta con observar su conducta en el ámbito social, cómo se comporta con sus colegas, cómo ambiciona o no ambiciona otras cosas además de la perfección del propio oficio.

En eso von Karajan es más claro que el agua. Con su innegable talento y eficiente técnica de director, no se contenta con lograr perfecciones en un ámbito artístico reducido, Viena o Berlín, digamos,

Europa, el mundo entero parecen estrechos para su ambición. "Von Karajan no es un director de orquesta, es un *cártel* internacional", dicen algunos europeos, según Sargeant, y con razón, ya que en este momento es el director de orquesta y director artístico de la Ópera de Viena, el principal director de la Filarmónica de la misma ciudad, el "dictador absoluto" de la Filarmónica de Berlín, el director favorito de La Scala de Milán y el amo de la *Philharmonia* de Londres, "orquesta —dice Sargeant— creada especialmente para él y cortada a su medida". Y todavía el año pasado dirigió el Festival de Salzburgo, dirección que habría continuado en sus manos de no haberse peleado con el consejo directivo de aquella entidad.

A pesar de lo que afirman sus admiradores, no puede uno dejar de sentir cierto escepticismo en cuanto a la perfección de muchas de las ejecuciones que se ofrecen bajo su batuta. ¿Cómo puede este hombre tener tiempo para atender a tantos compromisos y para concentrarse lo necesario en el estudio de las partituras y, por si todo eso fuera poco, para entregarse —según afirma la leyenda que en torno suyo se ha creado— a extensas lec-



turas e intensa vida deportiva? Y adviértase que no se trata de un director de orquesta que se limita a sus más estrictas funciones profesionales, sino que en la ópera interviene dictatorialmente como director de escena y, en general, dondequiera que actúe invade esferas que están más allá del pódium. Hay, pues, motivos para pensar que su ambición de poder es más fuerte que su ambición de perfección. Y eso, unido a su tremenda seguridad en sí mismo, contribuye a presentárnoslo como un auténtico dictador.

Si el complejo de inferioridad es una rémora para el individuo, el de superioridad es una zancadilla. Quienes padecen este último se ven obligados constantemente a recurrir a infinidad de tretas para ocultar o desfigurar sus inevitables traspies. La primera, la más fácil y más barata, es la arrogancia. Von Karajan parece emplearla a fondo. Su falta de respeto a las convenciones sociales, sus descortesías para con personas merecedoras de todo respeto, su indumentaria caprichosa, todo en su conducta denuncia una arrogancia premeditada. Winthrop Sargeant menciona su costumbre de ir de compras sin di-

nero ni más talonario de cheques que la frase "Soy von Karajan". Y menciona también algunos chistes que los vieneses no fascinados por el divo han inventado acerca de la arrogancia de éste. Uno de ellos: von Karajan toma un taxi y el chofer le pregunta que adónde quiere ir, a lo que el interpelado contesta: "No importa, me necesitan en todas partes". Otro, todavía más fuerte, cuenta que un hombre trata de entrar en el cielo, pero San Pedro no se lo permite porque ya no hay sitio; mas al descubrir que se trata de un psiquiatra, rectifica y le dice: "Eso ya es otra cosa. Pase usted. Lo necesitamos. Dios ha estado sufriendo de delirio de grandeza: ¡Se cree que es von Karajan!"

La arrogancia descarada, espectacular alcanza su máxima eficiencia cuando se cuenta con un aparato publicitario capaz de recogerla y difundirla. Entonces —si el que la muestra es una figura interesante— se forma toda una leyenda, más, todo un mito. Tal es el caso de von Karajan. Muchos de los que van a escucharlo por primera vez se encuentran previamente sugestionados por lo que de él han oído y están dispuestos a admitir que se trata de un superhombre o de un semi-dió. Aun en esta época, que nos parece tan materialista, el público guarda en lo más recóndito del alma una viva apetencia por lo maravilloso y está dispuesto a entregarse al hechizo de toda personalidad que se salga, o parezca salirse, de lo corriente. En eso no hemos variado mucho con respecto al Romanticismo. Entre von Karajan y Paganini hay menos diferencia de la que pudiera imaginarse lógicamente. El melómano de 1830 creía que el violinista italiano tenía pacto con el diablo; el de 1961 cree que el director austriaco es un superhombre. A fin de cuentas, todo es uno y lo mismo.

Y tan fascinado se halla el aficionado de hoy por la personalidad de este director, que no se acuerda, o no quiere acordarse, de ciertas cosas que sucedieron no hace muchos años. Era el año de 1935; von Karajan aspiraba a la dirección de la Ópera de Aquisgrán, y para conseguirla no tuvo inconveniente en afiliarse al partido nazi. Que lo hizo con pleno conocimiento de la política criminal que habían puesto en práctica Hitler y sus secuaces lo demuestra la frase con que mucho después explicó aquella decisión suya: "Habría cometido cualquier crimen por lograr aquel puesto", es decir, que sabía que el ingreso en el partido nazi era una acción vituperable, excepto, por supuesto, para quienes, como él, practican la moral del oportunismo. Y así pudo convertirse al poco tiempo, ya en Berlín y en plena guerra, en el director de orquesta favorito de la Alemania hitlerista, merced a una total adhesión a los principios y métodos del partido oficial. Mucho se habló de la conducta indigna, en ese sentido, de Furtwängler; pero éste, siquiera, mostró algún rasgo de sentido moral al tratar de proteger a los judíos que formaban parte de su orquesta, lo que le valió temporadas de amenazadora frialdad en las esferas gubernamentales. Von Karajan, en cambio, vivió un ininterrumpido idilio con sus jefes políticos. Ello significa que su espina dorsal, que tan rígida gusta de mostrar ahora en todas partes, es en realidad capaz de flexibilidades ofídicas.

El caso plantea por enésima vez el problema de la moralidad del artista y de la relación que pueda existir entre éste y

la política. Winthrop Sargeant viene a ello con una cierta indiferencia o, más bien, con un interés nada más que académico, en el que quizá haya unas gotas de ironía. La gente, viene a decir, muestra la romántica tendencia a creer que el artista ha de tener necesariamente más de idealista que el carnicero, el panadero o el científico constructor de proyectiles, y que su grandeza artística está en proporción directa a su integridad moral. A mi juicio, el artista, por grande que sea, no es en esencia diferente de cualquier otro hombre, y no hay por qué exigirle ni más ni menos integridad moral que al panadero o al carnicero. Pero la fama, la notoriedad lo convierte, quiera que no, en un ciudadano con más responsabilidad moral que el modesto comerciante o el oscuro hombre de laboratorio. Su conducta, según sea recta o torcida, noble o abyecta, constituirá todo un ejemplo o todo un escándalo para el prójimo. ¡Tremenda responsabilidad la suya!

Por otra parte, no siempre es exigible ni conveniente la intransigencia del artista para con un régimen político malo. En primer lugar, nadie tiene derecho a exigir de nadie que se convierta en héroe o en mártir. Además, el artista que se encuentra atrapado de pronto por un movimiento político criminal puede ser espiritualmente más útil a sus compatriotas cultivando entre ellos su arte que empujando una resistencia suicida o expatriándose. Bastante tiene el pueblo con sufrir una dictadura, para que todavía sus artistas le nieguen los puros y elevados goces que sólo ellos pueden proporcionarle.

Pero una cosa es que el artista se encuentre de pronto en la boca del lobo y otra que vaya conscientemente a meterse en ella para sacar provecho personal. En eso la conducta de von Karajan no deja lugar a dudas: nadie le obligaba, salvo su ambición, a ingresar en el partido nazi. Y lo hizo con escarnio no sólo de los principios morales más elementales, sino también de la doctrina nazi, ya que, por lo visto, no creía en ella. Un hombre, pues, sin escrúpulos.

Y en ese plano su figura es un escándalo. Pero también lo es la lenidad con que el público de hoy juzga aquel su pasado inmediato. Disculpar éste, u olvidarlo, es indicio de las graves dolencias morales que aquejan a una parte de la humanidad. Y quizá sea uno de los frutos podridos o venenosos que la especialización extremada nos está ofreciendo. Parece como si, con tal de gozar de una interpretación musical magnífica, estuviésemos dispuestos a cerrar los ojos ante la vida y milagros del intérprete, a no ser los que puedan prestarle una aureola de superhombre. "¿Es éste el mejor director, o el mejor escritor, o el mejor físico del mundo? Con eso basta, y en lo demás que haga lo que quiera." Tal parece ser la actitud del hombre contemporáneo, que exige especialistas extremados en todo, y él mismo es, en cada momento, también un especialista a su manera —ahora nada más que empleado o profesionalista, ahora nada más que oyente de música, ahora nada más que espectador teatral, ahora nada más que beneficiario de un invento científico—, es decir, una persona que nunca está plenamente integrada, incapaz de vivir la inextricable interdependencia de las actividades y valores espirituales.

EL CINE

Por Emilio GARCÍA RIERA

BALANCE DE 1960

EVIDENTEMENTE, resulta ya un poco tardío hacer una recapitulación del cine que pudimos ver durante 1960. Pero, como quiera que en lo que va del año, hasta el momento de escribir estas notas, no ha habido ningún estreno digno de comentario, quizás interese al lector la clasificación que me propongo hacer.

En 1960 se estrenaron 455 películas. De ellas, merecieron verse, cuando mucho, treinta y seis. Ya sé que no sirve de nada lamentarse, pero, ¡qué bueno hubiera sido que, en lugar de alguno de los 419 churros o cuasi-churros restantes hubiéramos tenido la oportunidad de ver siquiera un film del italiano Antonioni o del japonés Mizoguchi, realizadores admirados en casi todo el mundo... y desconocidos en México! Y no vale decir que sus films no garantizan una buena taquilla, porque, de los 419 mencionados, más de la mitad duraron en exhibición una semana y gracias.

Hablemos, pues, de las treinta y seis películas que no nos hicieron salir del cine con ganas de quemar vivo a nadie. Según mi opinión, cinco de ellas merecen las cuatro estrellas que se destinan, al uso de los *Cahiers du Cinéma*, y del *Tiro al blanco*, de México en la Cultura, a las obras maestras. Son las siguientes:

1. *Hiroshima, mi amor*, de Alain Resnais. (Francia)
2. *Sombras del mal (Touch of evil)*, de Orson Welles. (EE. UU.)
3. *Deseo y destrucción (Blind date)*, de Joseph Losey. (Inglaterra).
4. *Anatomía de un asesinato*, de Otto Preminger. (EE. UU.)
5. *El sueño de una noche de verano*, de Jiri Trnka. (Checoslovaquia).

En segundo lugar, cabe anotar dos films que merecen tres estrellas... y media, si se permite la aberración. Es decir: que poco les falta para ser obras maestras, si es que no lo son:

6. *El tigre de Bengala y La tumba india*, de Fritz Lang. (Alemania).
7. *Su pecado fue jugar (Heller in pink tight)*, de George Cukor. (EE. UU.)

Y después, los que se hacen acreedores a las tres estrellas destinadas a los films excelentes:

8. *Los cuatrocientos golpes*, de François Truffaut. (Francia).
9. *La balada del soldado*, de Grigori Chujrai. (URSS).
10. *De repente en el verano*, de Joseph L. Mankiewicz. (EE. UU.)
11. *Los siete samuráis*, de Akira Kurosawa. (Japón).
12. *La fortaleza escondida*, de Akira Kurosawa. (Japón).
13. *La invención destructiva*, de Karel Zeman. (Checoslovaquia).
14. *Capitán Búfalo (Sargeant Rutledge)*, de John Ford. (EE. UU.)
15. *La guerra y la paz*, de King Vidor. (Italia, EE. UU.)

16. *Los desconocidos de siempre (I soliti ignoti)*, de Mario Monicelli. (Italia).

Siguen los films de dos estrellas y media. Es decir, los que considero algo más que simplemente buenos:

17. *Río salvaje*, de Elia Kazan. (EE. UU.)
18. *El fin del rey del crimen (Rise and fall of Legs Diamond)*, de Budd Boetticher. (EE. UU.)
19. *Pather Panchali*, de Satyajit Ray. (India).
20. *El destino de un hombre*, de Serguei Bondarchuk. (URSS).
21. *Otra vez con amor (Once more with feeling)*, de Stanley Donen. (EE. UU.)
22. *Los maleantes (I magliari)*, de Francesco Rosi. (Italia).
23. *Reto al destino (Odds against out)*, de Robert Wise. (EE. UU.)
24. *Risas y más risas*, montaje de Robert Youngston. (EE. UU.)
25. *El kimono escarlata*, de Samuel Fuller. (EE. UU.)
26. *Amores de verano (Une fille pour l'été)*, de Eduard Molinaro. (Francia).
27. *La vida por delante*, de Fernando Fernán Gómez. (España).

Y, por último, los films buenos o, cuando menos, aceptables. Los primeros merecen dos estrellas y son:

28. *Nunca en domingo*, de Jules Dassin. (Grecia).
29. *Problemas de alcoba (Pillow talk)*, de Michael Gordon. (EE. UU.)
30. *La adorable pecadora (Let us make love)*, de George Cukor. (EE. UU.)

Los segundos, una estrella y media, y son:

31. *Amoríos en Florencia*, de Valerio Zurlini. (Italia).
32. *El amor se paga (L'amore in città)*, de Zavattini y otros. (Italia).
33. *Pasión prohibida (Look back in anger)*, de Tony Richardson. (Inglaterra).
34. *Almas en subasta (Room at the top)*, de Jack Clayton. (Inglaterra).
35. *La herencia de la carne (House from the hill)*, de Vincente Minnelli. (EE. UU.)

En cuanto al film número treinta y seis... no lo he visto. Pero, por lo que he oído y leído, *Hijos y amantes*, la película norteamericana del inglés Jack Cardiff, quizá merezca figurar en un buen lugar de la clasificación anterior. (No he visto tampoco otros films estrenados en 1960, naturalmente, pero creo que el de Cardiff es el único importante.)

También vale la pena anotar las decepciones del año, que no son pocas. Es decir, los films de directores habitualmente dignos de confianza y que, sin embargo, merecen una sola estrella o el infamante punto negro: *La muerte en este jardín*